



## México después de la influenza

Las víctimas, la enorme mayoría de ellas, fueron producto del desconocimiento de la enfermedad, pero también de la automedicación.

“Cómo será de grande esta ciudad que tenemos 400 años de estar tratando de acabar con ella y todavía no lo logramos”, escribe **Gabriel García Márquez** en *El amor en los tiempos del cólera*. No sé si, como en la novela, algún Juventino Urbino encontró, en medio de la lucha contra la epidemia, a su Fermina Daza, por una “equivocación clínica” (¿quién no se ha topado con ella?, aunque Florentino Ariza, como debía ser, es el que se queda con Fermina con esa respuesta preparada “desde hacía cincuenta y tres años, siete meses y 11 días con sus noches”: estarían juntos para “toda la vida”), pero la epidemia no ha generado romanticismo alguno sino una demostración evidente de que nuestros partidos no están a la altura de un Estado que, con sus aciertos y errores, se mostró superior a ellos.

Las semanas que acabamos de vivir han cambiado a México. No tenemos, como en 85, miles de muertos, edificios y un gobierno colapsados, pero ha sido una situación límite, en un contexto inédito, en donde se han exhibido talentos y miserias, aciertos y errores, limitaciones y posibilidades. El país cambió y tardaremos todavía un tiempo en comprenderlo plenamente. Pero, igual que ocurrió en 85, muchos siguen actuando como si no pasara nada.

Los terremotos de 85 cambia-

ron la forma de apreciar la política y a sus actores. El PRI, en aquellos años, nunca comprendió que el gobierno no estuvo a la altura, la oposición no lo pudo expresar porque prácticamente no existía, el régimen que encabezaba **Miguel de la Madrid** siempre sostuvo que no había cometido errores y había trabajado desde donde era posible, sin comprender que la gente esperaba que se laborara en los despachos pero necesitaba una presencia pública, abierta, constante, en la calle, en los medios, junto a quienes tenían miedo y habían sufrido pérdidas.

Ahora fue diferente. La epidemia no causó más víctimas que la peor jornada de violencia criminal de la lucha entre grupos del narcotráfico, pero, si no se hubieran tomado las medidas adecuadas, los costos hubieran sido mucho mayores, ocho mil, según la OPS. Las víctimas, la enorme mayoría de ellas, fueron producto del desconocimiento de la enfermedad, del virus al que nos enfrentábamos, pero también de la automedicación y, en la enorme mayoría de los ca-

sos, a la pobreza y dolencias mayores que no soportaron al nuevo invasor. Sin embargo, lo que debe valorarse fue la acción del Estado, la

participación de la gente, la aceptación (en el mejor sentido de la palabra) de la institucionalidad, para resolver el problema. El presidente **Calderón** ha salido muy bien valorado de esta crisis, aunque no todo su gabinete, pero lo importante es que, en una sociedad en la que siempre el presidencialismo ha sido valorado y respetado (y temido), incluso por encima de sus verdaderas posibilidades y cualidades, esta vez esa valoración pareció girar en torno a criterios diferentes. Se percibe en los contrastes: si **López Obrador**

perdió en buena medida la elección presidencial de 2006 por aquel exabrupto del “cállate, chachalaca”, ahora ha vuelto a cometer un error similar: ignorar o tratar de convertir la emergencia vivida en un capítulo más de la inabarcable conjura de la conspiración en su contra (aunque ello incluya hoy a la OMS, la OPS y buena parte de los gobiernos del mundo). Esa exclamación de “qué influen-



Continúa en siguiente hoja

Fecha <b>12.05.2009</b>	Sección <b>Primera-Nacional</b>	Página <b>12</b>
----------------------------	------------------------------------	---------------------

za ni qué ocho cuartos” y atribuir la epidemia a una estrategia gubernamental, muestra a un político que, simplemente, no está conectado con la realidad. Que los candidatos a diputados del PT, encabezados por **Porfirio Muñoz Ledo** y **Jaime Cárdenas**, hagan un *multitudinario* mitin en el Ángel de la Independencia, con 200 personas (incluidos curiosos y vendedores ambulantes), para anunciar que no van a respetar las medidas sanitarias impuestas por el Estado porque no creen en la existencia de la epidemia, los coloca en los mismos espacios que la ultraderecha más reaccionaria, que no acepta la teoría de la evolución (decía **Bill Mahler** en su programa de televisión en Estados Unidos, la semana pasada, hablando de estos temas, que precisamente esta epidemia, este virus nuevo y desconocido, era la mejor demostración de la evolución de las especies y que, si alguien seguía refutándola, entonces tendría que rezar en vez de tomar un antiviral y eso es lo que están haciendo los señores del PT y del lopezobradorismo). Lo paradójico es que uno de sus dirigentes,

**Manuel Camacho**, hubiera sido parte, él haciendo el papel de enfermo, en esta conjura.

Se han equivocado muchos gobernantes locales buscando, tarde, un protagonismo vacío, para demostrar que estaban a la altura de las circunstancias. Fue al contrario: **Marcelo Ebrard** actuó con acierto y tino hasta que quiso diferenciarse inútilmente del gobierno federal y cerró restaurantes, sin justificación ni coordinación con las autoridades federales. Luego levantó con la misma prisa las medidas de contingencia porque fue obvio que se había equivocado, pero, fuera de esos hechos, en general, el gobierno capitalino actuó bien y tuvo aciertos, como ir a la reunión de gobernadores en Los Pinos. La mayoría de los mandatarios han pasado desapercibidos o, por lo menos, así pasaban hasta que quisieron, luego de la etapa más dura de la emergencia, tener su cuota de protagonismo y encontramos que algunos descubrieron brotes de la enfermedad y comenzaron a tomar medidas unilaterales, sin consultar a las autoridades, sólo

para recordar que existían. ¿Cómo se reflejará ese cambio? Quién sabe. Por lo pronto, el PAN ha alcanzado al PRI en las encuestas y, en el DF, si bien **Ebrard** sale bien calificado, gracias a **López** y sus seguidores, el PRD cae, aunque sigue siendo mayoría. El país cambió: no pueden coexistir una crisis de seguridad, una crisis económica financiera internacional y una epidemia de una enfermedad desconocida, sin dejar huellas en la sociedad.

La epidemia no causó más víctimas que la peor jornada de violencia criminal de la lucha entre grupos del narcotráfico.